



CAPÍTULO XLII.

EL HOMBRE TERCIARIO.

ARTÍCULO I.

Disputas recientes acerca del hombre terciario.—Los sílices de Thenay no bastan á convencer el intento, ora se consideren de por sí, ora respecto de los cañalismos prehistóricos.—En mal hora acuden al antropopiteco.—Los pedernales de Thenay, ó nada prueban, ó prueban demasiado.

GRANDE ha sido el ahinco de algunos geólogos modernos por demostrar que el hombre vivió en el tiempo mioceno juntamente con los grandes paquidermos, que la paleontología nos enseña soterrados en estado fósil, y variaron también los argumentos que se han ofrecido á la disputa de los peritos. En veinte años hanse trasteado más de veinte veces terrenos terciarios en diversos parajes de Europa, y dos apenas son los casos que han merecido alguna estima, pues los demás hablan sólo de osamentas fracturadas ó rayadas, y de pedernales hendidos ó quebrados. Pasados por el tamiz de la censura estos argumentos, «resulta, dice M. Alejandro Bertrand, que con las circunstancias geológicas de la época terciaria se compadecía bien la vida de los hombres, y que era posible sin disputa; pero no queda hasta el presente probada su definitiva existencia¹». Al

¹ Discours d'ouvert., 1883.

contrario, Francisco Lenormant parece admitiría en la mitad de los tiempos miocenos. «Es cierto, dice, que en comarcas de la Francia central han sido hallados pedernales rotos por la acción del fuego en estratos miocenos; en ellos, ¿quién no reconoce señales de trabajo intencionado y emprendido con el fin de hacer de las piedras armas y utensilios¹?» Vivisimas discusiones han despertado entre los doctos estas tan encarecidas señales de humana industria, negando unos todo rastro de obra voluntaria, disputando otros que los terrenos fuesen terciarios, arguyendo otros que no eran las cosas peculiares de aquella edad, prevaleciendo generalmente la opinión de que los efectos, representados en los sedimentos de que se trata, podían haberse causado por sola acción solar y por influencia atmosférica.

Larga y ruidosa fué la disputa que tejió el abate Bourgeois sobre el terreno falúnico de Thenay en Francia. La primera vez que trajo á luz ante la Sociedad geológica, 1863, las diligencias practicadas en un terreno del todo no bien definido, donde había hallado unos pedernales partidos que creyó ser obra de arte humano, al ver con cuánta vehemencia contraminaban sus designios aquellos geólogos, y desha-

¹ Hist. ancien. de l'Orient., p. 121.

cian su pretensión, concibió el pensamiento de consagrarse á nuevas excavaciones, hasta que al cabo descubriese, como de hecho descubrió en Thenay, muchos sílices sepultados en escondrijos coincidentemente terciarios. «En estas láminas, dice, los cortes, retoques, bultos de percusión, indicios de fuego, formas usuales y comunes entre nosotros, son argumentos claros de que estos objetos servían para aguderear, cortar, herir, ó partir.» Á tal extremo llegó la credulidad de este escritor, que ideó la traza de referir la forma de estos pedruscos á un precursor del hombre mosáico, á un hombre preadamita. «Me limito, dice con con todo, á exponer cómo he hallado pedernales, evidentemente labrados por manos de hombre, en un terreno llamado terciario por los geólogos; y no pretendo otra cosa más.» Folletos y revistas, libros y periódicos entraron en campo y pusieron á luchar con increíble ardor, unos defendiendo el pro, otros el contra; hasta que, presentado el debate á la autoridad de un Congreso prehistórico, en Bruselas en 1872, cometido el fallo de la causa á la discreción de quince peritos, cinco de ellos negaron todo asomo de humano trabajo, y los que algo concedieron, rodearon su sentencia de tantas condiciones y peros, que bien dieron á entender cuán poca fe tenían todos en el hombre terciario¹.

Primeramente, no han puesto duda los geólogos en que las capas de Thenay sean propiedad de tiempos miocenos, como lo dice claramente á los ojos su estratificación mineral y su fauna gigantesca; pero autores no han faltado de la nombradía de Hamard y D'Homalius que han discurredo, que dos terrenos apartados por considerables dis-

¹ Les Mondes, 1878; Revue des quest. scientif., 1879; L'homme tertaire.

tancias pueden tener semejanza y pertenecer á edades muy diferentes, y que, por tanto, dado que sean estos de Thenay de remotísima fecha, no es hacedero determinar su tiempo con toda certidumbre y verdad. Gentil fortuna fuera, como notó el sabio Desnoyers¹, que solamente en Thenay se hubiese perpetuado la memoria del hombre terciario, cuando tantos son los depósitos miocenos que se han explorado en todo lo que el sol mira y rodea.

Lo segundo, los pedernales son, cierto, coetáneos de los sedimentos; ni es razonable la duda de los que no quieren sean terciarios. Mas lo vivo de la disputa está en que hagan la significación y figura que se les atribuye. El abate Bourgeois veía en ellos cuchillos, hachas, punzones, sierras, puntas de flechas, martillos, clavos, etc., y así conforme los tenía pintados en su imaginación los presentó al examen de los arqueólogos: ¿y qué hicieron? ¿Votaron por el hombre terciario? El ilustre Quatrefages declaró en el *Journal des Savants*, que si algunos jueces los habían juzgado efectos del humano ingenio, «por lo que á mi toca, dice, examinada con estudio su configuración, no puedo acabar conmigo de dar parecer; otros muchos naturalistas están perplejos como yo». Es bien verdad que Quatrefages tres años adelante inclinó á la afirmativa, y con él los más del Congreso de Bruselas; pero desde aquella sazón la Sociedad geológica miró con ceño y con recelo sus voltarias decisiones; porque, según decía, M. Chabas, arqueólogo de primera nota, «lo que hace al caso para la significación de los pedernales terciarios es, que sean instrumentos aptos para el servicio del hombre, y los presentados hasta hoy son pedazos de sílex irregulares y puntiaguados,

¹ Les Mondes, 1878, t. III, p. 130.

que de ningún provecho le podían ser¹. Contestan con Chabas el geólogo Evans, con ser amigo del hombre terciario², M. Gaudry³ y otros de señalada autoridad en la materia.

Cotejados finalmente estos fragmentos con los habidos en terrenos cuaternarios, á vista de ojos se conoce la diferencia: la forma simétrica y redonda, hermosa y artística arrebatada tras sí el fallo del entendimiento en favor de la data moderna. Es muy sin duda que la naturaleza física (ó el Señor que la rige), haciendo su obra, fué muy capaz de traer á efecto esa tan tosca y desaliñada labor, porque muchas veces causas físicas han ejecutado cosas que podían haberse mirado como trabajo de manos humanas. ¿Y tan á la ligera verán, en éstas que decimos, señales de humana diligencia? Así es que bastó á M. Bertrand exponer los trozos de sílex de Thenay á la intemperie, para lograr cortes y quebraduras parecidas á las de M. Bourgeois. Pues luego si pudo acaecer que estuviesen los pedernales en territorio gredoso, y sobreviniendo subida temperatura saltasen laminitas, y resultasen formas diversas, ó por virtud de causa física, ó de acción química, ó de circunstancias de clima, ó de choques eventuales, y que, en fin, se originasen hendeduras, quiebras y abultamientos que pareciesen figurar puntas cortantes, martillos, punzones; tendríamos explicada bastantísima mente tan rara transformación sin haber de hacer recurso al auxilio del brazo humano.

Abriendo ahora la puerta á otra suerte de consideraciones, es cosa digna de ponderación, que desde el amanecer de la edad miocena hasta la cuaternaria transcurrieron centenares de

¹ Études sur l'antiq. hist., p. 362.

² Les âges de la pierre, p. 677.

³ Les enchainements du monde animal, p. 240.

años, y lo que más es, que ríos y mares metiéronse tierra adentro, y engullieron comarcas pobladas de animales, y que de ellas hartas especies perecieron del todo, y otras muchas sobrevivieron, y luego al fin fueron arrebatadas de la muerte: en este intervalo, ¿cómo es creíble que, á vuelta de tantos infortunios, haya podido el hombre superar por largos siglos la mole inmensa de trabajos que asolaban y arruinaban los reinos, y más si concedemos á los adversarios lo que tanto anhelan, que el hombre llevase vida salvaje, sin dar un paso en las artes, puesta su gloria en los mal labrados instrumentos de piedra? ¿Á quién podrá persuadir esta rara eventualidad? Porque Quatrefages vió un día un canto que semejaba hacha, empezó á titubear cómo sería la obra; y al que le hacía reparar que toda la fauna mamológica había padecido grandes desastres en la era miocena, y que el hombre no podía haber librado mejor, daba por respuesta, que tenía él bien calada la humana capacidad y lo que enseña el instinto de la vida. Pasemos por ello; mas en ese caso un esqueleto, un cráneo, un hueso, un artejo, ¿no hubiera venido á darnos siquiera un rayo de luz entre la inmensa muchedumbre de obras del hombre mioceno, si en hecho de verdad lo fueran? Resumir todas las prendas de la vida del hombre terciario en solas piedras, parece arbitrio que confina con lo fabuloso.

Acosados por la fuerza de estos argumentos, quisieron algunos geólogos imaginar un ser precursor del hombre, ocupado en labrar pedernales, única habilidad que tenía. Así el antropólogo Mortillet la fábrica de sílices recogidos en tierras miocenas y pliocenas la refirió á la destreza de un mono antropoideo, bautizado por él con el nombre de antropopiteco, que aprendería á sacar chispas con el pedernal,

y con el calor ó dando un canto con otro figuraría los instrumentos de que tratamos: y hete ahí demostrada la existencia del primer ascendiente del hombre. Mas, ¿dónde yacen sus despojos? ¿Cuál es su historia? ¿Qué se hizo de él? ¿En qué vino á parar su casta? ¿Qué es de sus otras habilidades? Echóse á dormir, y estaba soñando paraísos el antropólogo Topinard, cuando con sus galanas esperanzas prometía que «tal vez de un día para otro amanezca entre nosotros el antropoideo, tronco del humano linaje, con su esqueleto, descubierto en alguna ría de aquel tiempo; aplastado por un peñasco, ó sepultado en el cieno». Á transformistas rematados huelen los que tal piensan, y no lo disimula el afán de Mortillet en sacar á relucir las gracias de su antropopiteco para luego hacernos tragar su parentesco con el hombre. No es posible que de esta pendencia pueda salir bien librado.

No es de provecho alegar que las abejas ya antes del terciario fabricaron aquellos riquísimos panales, y las hormigas sus admirables silos; y que así no es maravilla que también hubiese animales que entendiesen en labrar cantos con la perfección que en estos terrenos se ve: porque, en verdad, los animalillos dichos y cada cual según el estilo de su instinto, pueden hacer sus obras con exquisito primor, y las que son propias de la especie las trabajan tan ciega cuan perfectamente; su instinto les basta para proveer á sus necesidades. Empero los pedernales terciarios, ó nada significan, ó significan demasiado: porque si un animal bastó á su fábrica, sea mono, ave, mamífero, reptil, ninguna necesidad hay de sacar á plaza el hombre terciario. El día que encuentre con restos de colmena terciaria, ¡pregonará acaso Mortillet la existencia del hombre?

Y si á la sazón hubo hombres canteros y picapedreros, ¿cómo no dieron de sí obras de más excelente ingenio? Así ha sucedido que el hallazgo de los fragmentos de Thenay y el examen de ellos ha hecho más dudosa que antes la existencia del hombre terciario. Los que celebraban el hallazgo dándose el parabién por su imaginado triunfo, se corrieron después de haber aplaudido, y mostraron con el silencio en qué aprietos habían puesto su fama y nombre estos terribles lances. Y con razón, porque de miles de pedernales escoger unos pocos, y esos regulares y bien tratados, y oír cómo el calor del sol bastaba para abrirlos y despedazarlos y ocasionar figuras que parecían obra de hombres, y entender cuán fácil respuesta daba la experiencia á casos tan embarazosos, era trago muy amargo y bastante para dar al través con la más obstinada credulidad.

ARTÍCULO II.

Los sílices del Tajo, los huesos mellados, las piedras rayadas tampoco hacen fuerza para persuadir. — Los descubiertos restos del plioceno son, ineficaces pruebas. — El hombre terciario sería un anacronismo.

MAS los curiosos, no satisfechos, porfiaron en la demanda. Por el mismo tiempo alzó la voz en Lisboa el portugués Ribeiro, en ademán de apoyar la pretensión del abate Bourgeois, presentando unos trozos de cuarzo y de sílex hallados en tierras arcillosas del valle del Tajo. La primera vez que notificó al público su descubrimiento, el Congreso de Bruselas torció el rostro á las largó razones del descubridor y esquivó exaltar el mérito de sus diligencias. Seis años después levantáronse en París hombres benévulos, que respondiesen á raíz de la pretensión y tratasen de acreditar los afanes del

¹ L'Antropol., 1884, III par., chap. 1.

portugués. ¿Eran terciarios los sílices? ¿Eran labrados? ¿Probaban algo? Tres cuestiones que, ventiladas con esmero, fueron á los jueces ocasión de tener por muy dudosa la tesis que se pretendía probar. Los terrenos era muy disputable que fuesen terciarios: el mismo Ribeiro lo ponía en duda. Tampoco es increíble que fueran los pedernales acarreados por violentas avenidas y mezclados con las capas superficiales del depósito, ya que en ellas fueron hallados. Cuanto á la forma, ¿por qué las roturas, bultos, figuras aovadas no han de ser debidas á choques de agentes físicos, como tantas veces sucedió? En Otta, sitio del hallazgo, abunda el sílex; ¿es de creer que el hombre se hubiera contentado con láminas toscas y puntas romas para su menester? Así que los pedernales de Otta no responden al infalible acierto de la verdad.

Otros hechos han alegado los mantenedores del hombre terciario; pero á no nada que los pasemos por la piedra de toque se deshacen. Al poner los ojos en las hendeduras é incisiones que tenía el esqueleto del aliterio, hallado en la cantera de Chaze-le-Henry (Francia), muchos sabios se sintieron inclinados á tenerlas por cosa humana; pero ha prevalecido hasta nuestros días el juzgarlas morderuras de otros animales de aquella edad. Á un estudioso que en 1876 presentó huesos de balenoto con cortes curvilíneos, que parecían no poder provenir de peces carnívoros pliocenos, salieron otros al encuentro con maxilares de especies pliocenas de tal arte dispuestas, que hincándose en la presa podían dejar la impresión de aquellas misteriosas curvas.

No hagamos mención de las mellas y sisas que han parecido en huesos de mamíferos de Grecia; el mismo que

les descubrió, Gaudrit, en 1872, creyó dar, y no pudo, con las piedras que los habían mellado. Y de los agujeros de los dientes del carcarodonte, y de los dibujos trazados en un hueso de dinoterio en los Dardanelos, y de las rayas transversales y paralelas de un femur de rinoceronte, y de otros seiscientos particulares que se traen como prendas ciertas de humano artificio, debemos confesar que ningún vigor tienen para probar el intento, y que si de alguna cosa hacen evidencia es, de que entre los millares de huesos fósiles que se han desenterrado, nunca tropezaron los ojos ni las manos en una sola canilla, diente ó artejo de humano esqueleto: cosa rarísima y sumamente maravillosa, si fuera digno de fe el hombre terciario. Luego el hombre mioceno está aún por demostrar; á cargo queda la demostración de los infatigables observadores, si pecho tienen para acometerla. No deja lugar á sospecha esta declaración de Beaunis: «Según algunos autores, el hombre existió ya en el período terciario mioceno, como dicen que lo acreditan unos pedernales cortados con huesos de dinoterio. Pero los hechos son tan escasos hasta el presente (1881), que no permiten sea admitida sino con cautela la existencia del hombre terciario. Por el contrario, la del hombre cuaternario parece del todo puesta en clara luz.»

Resta, pues, que discurremos por el campo plioceno. Es cosa digna de notarse que con ser este último período de la era terciaria, y el más escaso, y el más fácil de confundir con el cuaternario, y más que los antecedentes ocasionado á efectos de la vida humana, carezca con todo de memoriales que denoten su acción é industria. Los descubrimientos recientes hacen refe-

¹ *Revue des questions scientifiques*, Hamard, 1879.

² *Nouveaux éléments de Physiol. hum.*, t. II, p. 1.

³ *La Controverse*, 1880, Hamard.

rencia de huesos y de piedras con estrías, y de unas como flechas en ademán de traspasar huesos; mas ni los huesos son humanos, ni el trabajo de la obra pide fuerzas humanas, ni hay en ello cosa que pruebe humana asistencia. En el ejemplar que en 1863 se presentó al examen de la Academia de Ciencias de París, no fué pequeña tarea el demostrar ante todo que el terreno del hallazgo fuese en hecho de verdad plioceno, porque á los más pareceríos cuaternario. Más embarazo hubo en averiguar que los cantos fuesen de la propia era, á causa de las vueltas que semejantes capas han dado. Las rayas, fácil era encomendarlas á los dientes de un roedor que en el depósito se encontró. Sobre el descubrimiento del Puy¹, si eran ó no eran hombres fósiles aquellos restos incrustados en un peñasco, disputóse largamente: quién ponía dolo en el hecho, quién consideraba volcánico el terreno, quién juzgaba por averiguado el hombre plioceno, quién hizo nuevas excavaciones sin dar con el rastro que pensaba, quién, en fin, vista la condición de los huesos, haciendo ostentación del ingenio, concediólos á duras penas catorce siglos de existencia.

No es más demostrativo el haberse descubierto huesos en un depósito de mariscos en Savona (Italia); porque ni está probado que fuese terciario el sedimento; y aun siéndolo, las conchas y los huesos no serían forzosamente de aquella edad; mucho más reciente se la concedieron al esqueleto los prácticos que le pasaron por el crisol de la crítica. ¿Qué diremos de los huesos de ballena que Capellini ofreció al Congreso parisiense (1878)? Harta respuesta fué volver los asesores las espaldas á sus razones y dejarlas por gratuitas y mal fundadas. Ni

merecen otra los huesos desenterrados cerca de Stockolmo (Suecia), en capas arcillosas; pues que estos territorios son de edad cuaternaria, como lo aseguran los paleontólogos comúnmente. Tampoco han excusado pesquises los americanos en el litoral del Pacífico, donde en 1869 hallaron un cráneo á cincuenta metros de hondo, pero ningún geólogo ha dado pruebas de ser terciario el terreno; y si lo fuese, no faltan razones para creer que el cráneo fué enterrado allí de intento en época reciente: hágase la misma cuenta de restos humanos descubiertos en Natches, á orillas del Mississippi. Hace pocos años fué hallado en California otro cráneo en terreno donde había armas y anillos de piedra, vasos y objetos de industria. En la República Argentina, no lejos de la embocadura del río la Plata, desenterró Ameghino en siete parajes utensilios humanos mezclados con huesos pliocenos. De todos estos hallazgos y juntamente de los cuatro cadáveres humanos descubiertos en Castenedolo (Brescia, Italia), hace once años, han dado dictamen y satisfacción suficiente los críticos Hamy², Sergi³, Desor⁴, Arce- lin⁵, Ameghino⁶.

En probanzas como estas estriba la opinión del hombre terciario. Cuán ineficaces sean para concluir lo que se pretende vése luego por lo dicho. No habiéndose encontrado hechos indubitables, ni esqueletos, ni pertrechos humanos, como quiera que sean sin número los despojos de animales y vegetales que por doquiera parecen, no es razón solemnizar la existencia del hombre terciario y cantarle el vitor, aclamándola por cierta y averiguada.

¹ *Précis de géologie humaine*, chap. in.

² *L'uomo terziario in Lombardia*, 1880.

³ *L'uomo plioceno in California*, 1879.

⁴ *Revue scientifique*, 1881, p. 279.

⁵ *La antigüedad del hombre en la Plata*, 1881,

⁶ *ibid.*

¹ *Les Mondes*, t. xviii, p. 134.

² *Revue scientifique*, 1871.

Cuanto más, que los huesos del hombre no se pudren ni se deshacen en la sepultura; y ya que se hubiesen corrompido y descompuesto, hubiérase quedado la forma del cadáver dibujada en el suelo, así como vemos estampadas las ramas y troncos de plantas. Por manera, que ocioso parece desvelarse buscando, y escudriñar á fuerza de diligencias escarbando las entrañas de la tierra terciaria. El hombre mioceno es un devaneo, el plioceno una quimera; los terrenos que prometían buen suceso han sido cuidadosamente visitados; los hombres que subieron un día á esperanzas alegres han tenido que arrostrar el desengaño; luego bien podemos concluir que aquellos escritores, que llenos de intentos soberbios imaginaron una casta de hombres anteriores á nuestro padre Adán, han levantado torres de viento, y andado en pos de consejas. Es muy digna de advertencia la razón que alega el excelente geólogo A. de Lapparent para negar la existencia del hombre en la era terciaria; está tomada de M. Boyd Dawkins ¹, y dice así: «En cualquiera punto de vista que nos pongamos, el hombre ha de considerarse coronamiento del mundo orgánico, y se le ha de colocar después que el reino vegetal y animal pasaron por sus grados de crecimiento. En la época miocena el desenvolvimiento era todavía muy incompleto para que la presencia del hombre tuviese oportunidad y sazón; el hombre en ese tiempo fuera un verdadero *anacronismo*, y baste lo dicho para desechar con fundamento cosas que no le tienen. Cuanto á las incisiones que se observaron en huesos de aliterio, y que semejaban obra humana, han sido falladas por nulas é insuficientes para probar el intento: fueron contadas entre las mordeduras de un escuálido ²»

¹ Geol. Society of London; 14 Abril 1880.
² *Traité de Géol.*, 1883, p. 1031.

ARTÍCULO III.

Los allegados al hombre terciario no cuentan con razones para sustentar su aserto. — La hipótesis del antropomorfo prehistórico es una fábula. — Clemente Alejandrino difamado sin razón en esta causa. — Últimos esfuerzos de los antropólogos. — Las diligencias de Quatrefages favorecen al reino humano. — El hombre terciario es un sueño. — El ente preadamítico es liviana conjetura.

El empeño de los transformistas en echar nieblas sobre el origen del hombre, claramente manifiesta cuán sin tino caminan y cuán mal disimulada traen la confusión. «Sobre el origen del hombre, dice Claus, y en los primeros días de su existencia, reina grande obscuridad... Es cierto que el hombre vivía en la época pliocena, y por ventura también á principios del período terciario. Aún no poseemos acerca de su nacimiento prueba segura: los conceptos de Darwin son los únicos que nos permiten suponer que el ser más elevado pudo provenir, por vía de selección natural, de un grupo inferior de Primates ¹. Si este zólogo confiesa no tener más escalones que los emblecicos de Darwin para subir al origen del hombre, ¿cómo no diremos que cree muy aprisa, y que todos los que con él piensan, que son hartos, disfrazan con especiosos nombres la tiranía de sus opiniones? ¿Cuán de otra manera proceden los geólogos de buena fe! El marqués de Nadaillac, que en su preciosa obra *Los primeros hombres* ha sondado en lo posible las simas de los tiempos prehistóricos, expuesta á la larga la contienda del hombre terciario, concluye con estas formales palabras: «No ha sido probada hasta hoy la existencia del hombre en la época terciaria: esta es la conclusión razonable que podemos formular, si no queremos salir de la jurisdicción

¹ *Zoologie*, 1884, p. 1529.

de los hechos y arrojarnos á conjeturas aventuradas. ¿Llegará á la observación del tiempo á probarnos la existencia del hombre terciario? Está en lo posible...; á las generaciones por venir toca resolver este problema ²»

Entretanto, ¿es lícito, filosofando, señalar por autor de los pedernales cortados, de los huesos rayados, de los restos, en fin, que se estimaron efectos de operación humana, un animal dotado de inteligencia, precursor del hombre, antepasado suyo en la línea de los antropomorfos? Causa tristeza el decirlo; pero no faltan escritores de nota que se han hecho abogados de esta causa. En 1864, el transformista Vogt proclamaba ante el Congreso de Copenhague, que el hombre y el mono descienden ambos á dos de una especie de animal, que, sin ser mono ni hombre, se acercaba mucho á los microcéfalos de nuestros tiempos; el evolucionista Federico Müller fantaseó un ser de cuyas entrañas el hombre había venido al mundo por desarrollo progresivo; el geólogo Gaudry señaló por cortador de los pedernales al driopiteco, aunque después, miradas mejor las cosas, vino á sostener solemnemente que el tal driopiteco era de condición inferior al actual gorila; pero quien ha alambicado más el juicio y escrito más despropósitos sobre el precursor del hombre es el ya citado Mortillet, para quien, si hay duda acerca del hombre terciario, no la tiene el precursor de Adán. Las razones que dan pie á esta hipótesis son: el resplandecer en toda la fauna un plan vastísimo y un como padrón de estructura que va creciendo en más y más subida perfección, el no asistirle al hombre razón ni justicia para exentarse de esta ley universal, el haber poseído unos seres la facultad de hablar, y haberla otros perdido

viniendo á sumo abatimiento. «Si estas razones, exclama Nadaillac rompiendo con admiración y pasmo, son pruebas valederas ante la ciencia, declarar que la ruina de la ciencia es de todo punto irremediable. Quitando los ojos de estas razones, si lo son, demandaremos que nos den á conocer los caracteres anatómicos y fisiológicos de ese ser que tiene por descendientes dos familias tan desemejantes y diversas como hombres y monos ³»

Muy en lo justo se pone el erudito marqués; pero no le perdonamos que así, sin escrúpulo, cargue á Clemente de Alejandría, como le carga, la triste gloria de autor de tan vil pensamiento, sin echar de ver entre la yerba la culebra. Clemente de Alejandría escribió el libro de las *Hipótiposis*, ó sea instituciones ó disposiciones: no cabe dudarlo. El eruditísimo Eusebio ⁴ y san Juan Jerónimo nos certifican de ello y alejan toda sospecha en contrario. Pero quien inficionó con su veneno el curso de esta preciosa obra, de que sólo por unos breves retazos tenemos noticia, fué el cismático Focio, patriarca de Constantinopla; el cual, en su famosa *Biblioteca*, dice estas formales palabras: «*Las Hipótiposis* contienen la disceptación de algunos lugares del Viejo y Nuevo Testamento, que el autor sumariamente expone é interpreta. Aunque en ciertas cosas pareció sentir bien, en otras discurrir impía y fantásticamente. Porque afirma ser la materia eterna y finge que las ideas están encerradas en ciertos decretos. Cuenta también al Hijo entre las cosas criadas. Allégase á esto que se deleita en las transmigraciones de las almas, y predica la existencia de muchos mundos antes de Adán.» Estos y otros estu-pendos agravios hizo Focio á la memoria del doctísimo escritor. Y que sean

¹ *Les premiers hommes*, chap. xiv.

² *Historia eccles.*, l. ix, cap. xiii.

³ *De Script. ecclesiast.*, § 48.

⁴ Chap. xiv.

éstas puras calumnias lo demuestra el silencio de Eusebio, que trata largamente la doctrina de Clemente, y alega pedazos sueltos de su obra, sin oponer la menor advertencia ni notar una levísima mancha en sus opiniones. Bien declara el mismo Focio su facinerosa temeridad, cuando al fin de su crítica intencionadamente deja caer esta expresión: «... ó él, ó cualquiera que sea el que hizo su personaje (*seu ipse, sive quis alius ejus personam induit*).» Los que defendían la existencia de muchos mundos, y de hartos y muchos hombres antes de Adán, eran los herejes que los escritos de Clemente depravaron y pervirtieron con la ponzoña de sus dañados errores. Es muy de maravillar que el doctísimo P. Don Calmet dormitase en este paso, escribiendo y copiando de la boca de Focio que Clemente de Alejandría «creyó la materia eterna, la metempsicosis y la existencia de muchos mundos antes de Adán». Luego Clemente de Alejandría no pudo ser traído á colación por autor ninguno para seguirle el humor vicioso á Mortillet, ó dejarle más asentada su vaciedad á Hovelacque y á los de su estofa.

No contentos los amigos del hombre terciario con lo vano de sus resultados, en 1884 juntáronse de nuevo en Blois para inquirir y tratar de los depósitos de Thenay, por si daban con la pista de algún humano ser. Hombres versados en el arte mandaron abrir zanjas en nombre de la asociación científica; á geólogos consumados cometiése que considerasen con atención las formaciones de los terrenos: así los miembros del Congreso de Blois se hicieron capaces de liquidar la verdad acerca de los afamados pedernales, tema de la controversia. Gastóse tiempo en dades y tomares entre los Sres. Nadaillac y Cartailhac, entre Fuchs y Cotteau.

Examinadas las cosas con suma industria y diligencia, resumió M. Rabourdin la contienda diciendo en definitiva, que en ninguno de los pedernales hasta entonces observados parecían indicios de corte intencionado ni marca de mano de hombre; y concluyó: «no poseemos aún prueba ninguna que corrobore la existencia de un ser inteligente en la época terciaria». Con todo eso, á pesar del acuerdo de estos pareceres, el presidente, al levantar la sesión, se afirmó en la creencia de un precursor terciario del hombre, aun cuando no diesen los pedernales excavados argumento bastante para ello. No vió la hora Mortillet, que estaba ausente, de abogar por su antropopiteco, y hacerse eco del presidente de Blois, guiado más de su antigua afición que del peso de las razones. Mas el esclarecido Adriano Arcelin, hombre versadísimo en este linaje de luchas, y que había apurado cuidadosamente buen número de sílices de la era terciaria, provocaba con denuedo á los geólogos á que desenvolviesen los senos de la tierra, y acechasen y espíasen los mínimos pedazos de piedra de aquellas formaciones, y apostaba que ni por pienso hallarían sombra de hombre terciario. «Todos los geólogos saben, decía, que, mayormente en la época eocena, sucedieron en la tierra grandes trastornos causados por causas eruptivas é hidrotérmicas. ¿No es razón buscar en ellos el por qué de las alteraciones que les vinieron á los sílices en los depósitos de esa época?»

Finalmente, el audaz Quatrefages, dejándose llevar de la corriente, ha mostrado su amor á la novedad, juzgando que por Europa, no sólo pasó el hombre el período plioceno, sino también el mioceno. Las nuevas prue-

¹ *Matériaux pour l'hist. primit. et natur. de l'homme*, 1884, p. 481.

² *Revue des questions scientifiques*, 1885, p. 270.

³ *Introduction à l'étude des races humaines*, 1887.

bas que trae en confirmación de su dicho, son las tantas veces manoseadas y que llevan ya por adelantado la respuesta. Quien leyere con atención la obra de Quatrefages, reconocerá en la misma lectura la insuficiencia de sus argumentos, y asentará en su ánimo que dista infinito de estar demostrada la existencia del hombre terciario.

Pero este varón infatigable no suelta lo que una vez prendió. Entre otras ha publicado una obra, encaminada á demostrar qué género de vida y de costumbres ejercitaría el hombre en la época neozoica. Presupuesta la prueba de su existencia, pretende responder á las objeciones que se le podrían hacer acerca de su civilización. *Les Pygmées* de Quatrefages, es un libro lleno de erudición, que describe la índole de las razas negras de más diminuta estatura que hay, y que son tenidas por la hez y escoria de la humanidad. De los enanos hicieron mención los antiguos bajo el nombre de pigmeos. Quatrefages estudia con diligencia sus costumbres, lenguas y moral. Hasta ahora fué opinión de muchos escritores que estas razas frisaban mucho con las especies animales superiores, y que por ahí emparentaban al hombre con el bruto. Quatrefages ha demostrado cuán erradas eran estas juicios, y que si en la parte física caben muchos grados de miseria y hartas señales de degradación, no así en la parte moral. El salvaje braquicéfalo, en medio de lo raquítico y repugnante de su figura, está dotado de un caudal grande de conocimientos que le enaltecen á la dignidad de los demás seres racionales. Los mincipios de las islas de Andaman, los negritos del Asia, los negrillos del África, los hotentotes y los bosquimanes, son castas de pigmeos, que creen en un Dios Criador y gobernador del universo, juez y galardador de las obras humanas; profesan los principios de lo honesto, justo y recto; guardan

las máximas fundamentales de la vida social; cumplen las obligaciones para con Dios, para consigo y para con sus semejantes. De manera que el celoso Quatrefages, sin ser católico, y sin lograr poner fuera de duda la existencia del hombre terciario, acaba de demostrar la infinita distancia que hay entre el hombre más miserable y el animal más perfecto, y ha confundido y aniquilado con argumentos incontrastrables los errores de los naturalistas que difaman el origen del hombre, y hacen guerra sin piedad á la nobleza del reino humano.

El resumen de este debate se compendia en estas palabras del marqués de Nadaillac: «Yo no puedo afirmar ciertamente la existencia del hombre terciario; tampoco pretendo negarla; en el día de hoy está destituida de pruebas». Á este dictamen subscriben los antropólogos Arcelin, Bertrand, Mercur, Vilanova, Hamard, Mesnil, Evans, Cotteau y otros muchos contra Quatrefages, Capellini y algunos pocos. Á los defensores del hombre terciario la imaginación les aliaña las cosas á su gusto. En la era cuaternaria hallamos al hombre diseminado por todos los climas y corriendo por diferentes tierras, llevando la cultura artística muy subida de punto. De aquí es muy fácil dar hilo al pensamiento y fantasear todo un plan de propagación lenta y progresiva, induciendo siglos y más siglos hasta lograr al hombre tan civilizado y despierto que merezca ser rey del período cuaternario.

Ilusiones, y nada más. Á las cuales refiriéndose el Dr. D. Juan Vilanova y Piera en el discurso que pronunció en su recepción de académico de la Historia, desea, burlándose, á los partidarios del hombre terciario, «que los regocije la esperanza de encontrar algún día en el terreno la realización de

¹ *Homme tertiaire*, 1885, p. 54.

lo que creó la fantasía, como la abriga el portugués, bachiller en filosofía y medicina, Burnay, en su libro de Craneología, publicado en Coimbra en 1880, añadiendo de cosecha propia, que debemos estar preparados para el tal descubrimiento; resignándose, añade, de buen ó mal grado, aquellos á quienes sea poca grata la ascendencia ».

Podemos, pues, dormir á buen reposo; la vida del hombre terciario es una suposición que se deshace como humo, ni tiene hasta el presente en su favor más arriño que el prurito de la novedad ¹.

Sin embargo de todo esto, por sí ó por nó, cual si quisieran curarse en salud algunos escritores católicos, han discurrido un arbitrio curioso, para el caso eventual en que los ulteriores descubrimientos saquen á vistas del mundo la figura del hombre terciario sin dar lugar á zozobra. Boucher de Perthe fué el primero que abrió camino á los católicos. Dividió los hombres, que han venido al mundo en *antediluvianos* y *posdiluvianos*, sin relación de parentesco entre sí, componiendo dos creaciones totalmente diversas cuanto al origen. Los hombres *antediluvianos* vivieron en época anterior á toda tradición hablada ó escrita, separados, por un cataclismo ó diluvio antecedente al de Noé, de los *posdiluvianos*, que son, según este arqueólogo, todos los descendientes de Adán.

Más adelante Fabre d'Envién, catedrático de Teología en París, imaginó que antes de la era cuaternaria podían haber gozado estos aires de vida multitud de seres racionales, que sin ser abuelos nuestros, cumplido el tiempo de prueba y terminada su carrera, recibieron de la mano de Dios galardón ó castigo ².

Á este dictamen se arriñó, aunque con cierto recelo, el P. Valroger, del

Oratorio, diciendo: «La coexistencia preadamítica de precusores de nuestra especie, es una hipótesis inverosímil. Juzgo por temerario el negarla *a priori*. Si, contra lo que yo siento, los adelantamientos de la arqueología, de la geología y paleontología viniesen á demostrar, yo no sé cómo, que hace 20, 40, 100 mil años, existían en la tierra seres organizados al par de nosotros, y capaces de industria semejante á la de los salvajes de nuestra especie, llenaríame de asombro, pero mi fe religiosa no padecería menoscabo. Diría entonces sin vacilar: tan raros bimanos no eran monos transformados ni perfeccionados, que los monos ni se transforman ni se perfeccionan: no eran hijos de Adán, como lo son los hombres que hoy viven, pues que Adán no vivía á la sazón: la Biblia no tenía por qué hablarnos de ellos. La Biblia no fué inspirada para darnos nuevas de la historia de especies fenecidas ³. » Á estas palabras aplica el sabio Juan D'Estienne justo correctivo diciendo: «El ente preadamítico admitido como posible, y propuesto por vez primera, así lo creemos, en las controversias de estos últimos tiempos, por el malogrado Rdo. P. de Valroger, es una conjetura más gratuita aún que la del hombre terciario ⁴. »

También el P. Monsabré, de la Orden de Predicadores, deseoso de facilitar la inteligencia de los instrumentos que acaso mañana se desentierren, presentó la existencia del ente antropomorfo terciario, precursor del hombre, como admisible ⁵, sin por eso concederle la dignidad de padre y progenitor de los hombres actuales. «Esta opinión, dice Nadaillac, no basta á desquiciarme de la mía: para probar que en los tiempos terciarios existió un hombre semejante á nosotros,

ó un ser desconocido de quien el hombre descendiese, muchos, claros y concluyentes argumentos eran menester, y ellos, según llevamos dicho, faltan en el día enteramente. ¿Sonará la hora en que los poseamos? Yo no contradigo...; una cosa pretendo, y es, que la prueba está todavía en ciernes.»

Antes de poner los ojos en esta hipótesis de los dichos escritores católicos, conviene notar la infinita distancia que la separa de la de Mortillet. Porque para Mortillet la existencia del precursor humano es fruto natural del darwinismo, para los citados católicos es creación aparte y de por sí; el preadamita de Mortillet prosigue desenvolviéndose con actividad y siendo patriarca de los hombres presentes, el de los católicos acabó sus días y cesó de vivir antes que Adán viniese al mundo; el de Mortillet es hijo natural de especies más viles, el de los católicos es hijo del plan divino en la constitución de las eras geológicas. Las diferencias no pueden ser más patentes.

Ahora, si queremos examinar qué puntos de semejanza tengan la opinión arriba indicada con la de los preadamitas, inventada por el calvinista Peyrère, bastará poner á la vista la índole de entrambas para notar la diferencia. Peyrère enseñaba que Moisés narra dos procreaciones de hombres, una en el capítulo primero, otra en el segundo del Génesis. El hombre del capítulo primero fué criado en el día sexto, constituido cabeza de los gentiles, sin nombre conocido, muchos años antes de ser formado Adán, escapando libre del diluvio noético con toda su descendencia. El hombre del capítulo segundo fué padre de todos los judíos, tuvo por nombre Adán, fué formado por Dios muchos siglos después del primero, y castigado con toda su casta por las aguas

del diluvio quedando libres del castigo Noé con sola su familia. Todos los teólogos católicos se arrojaron denodados á combatir esta inaudita ficción del audaz calvinista ⁶.

Los modernos, por el contrario, pretenden que antes de Adán pudo haber habido otra casta de hombres, que del todo acabó sin dejar nombre ni rastro de prosapia, y así, que todos los que hoy viven son hijos de solo Adán. En cuanto los autores citados introduzcan alguna familia moderna, que sin pasar por Adán proceda del hombre terciario, incurren el error de Peyrère y son fautores de sus imaginados preadamitas. Pero si ponen otra generación de hombres, anterior á la nuestra, que no dejó más memoria de sí que sus propios huesos y los productos de su industria en las entrañas de la tierra, entonces no hay por qué tacharlos de preadamitas en el sentido baldonado por los teólogos; porque admitida la ninguna relación de parentesco con los hijos de Adán, queda en pie la unidad de los hombres actuales, á fuer de nacidos de un mismo tronco. La dificultad que podría originarse respecto de la remotísima ancianidad, no va ciertamente contra la fe, pues que la Iglesia no impone cronología de ninguna suerte, como hemos insinuado y expondremos más adelante. Así que la conjetura propuesta, por ningún cabo merece la nota de heterodoxa.

Científicamente considerada es extravagante, intempestiva, vana y peligrosa. Extravagante, porque no lleva camino una sentencia que, sin tener enemigos que combatir, ni razones que invocar, se aventura y arroja á descomunales intentos, exponiendo á nuevas dificultades no pocos textos bíblicos

¹ CALMET: *In Genes.*, cap. II, v. 7.—GENÈRE: *Theolog.*, p. II, tract. I, lib. III.—TOURNELY: *Prælat. theol. De op. sex dier.*—LACARIS: *Dis. cont. Præadam. systema.*—NATAL ALEJANDRO: *Hist. eocl. vel. test.*, t. I, diss. III, art. I.

¹ *Revue des quest. scientif.*, 1891, juillet, p. 117.

² *Antiquités celtiques et antediluvienne.*, t. I, p. 243.

³ *Les origines de la terre et de l'homme.*, p. 477.

⁴ *Revue des quest. scientif.*, 1874.

⁵ *Revue des quest. scientif.*, 1882, p. 369.

⁶ *Confès.*, 1875.

relativos á la creación, caída y unidad del linaje humano. Es intempestiva, y no sólo prematura, como quiso llamarla el cardenal González ¹, porque una opinión que además de carecer de fundamentos metafísicos y naturales, presume proveer con impacientes ansias al caso futuro, ó futurible, en que se descubran en terreno terciario restos de hombre, no sólo viene fuera de tiempo, sino que acude á peligros imaginados con importunísima prevención, y es como padecer tormenta en la bonanza. No son tiendas de enemigos los depósitos estratigráficos. El día en que los temidos restos se hallen, las circunstancias dirán lo que se deba sentir

¹ La Biblia y la ciencia, 1891, t. II, cap. III, p. 364.



del hallazgo, y cómo pueda explicarse que huesos humanos hayan podido bajar del piso moderno al terciario sin notable inconveniente. Es además vana, porque cuando no haya modo plausible de referir al tiempo cuaternario las cosas tal vez desenterradas en pisos terciarios, la cronología bíblica no dejará de dar corte á la dificultad, ofreciendo camino breve y expedito. Es, en fin, peligrosa, porque reconocer la existencia de un precursor humano, sin fundamento bastante, es allanar el camino y conceder, hasta cierto punto, la razón al sistema transformista en sus aplicaciones antropológicas, como bien dice el cardenal González en el lugar citado.



CAPÍTULO XLIII.

EL HOMBRE CUATERNARIO.

ARTÍCULO I.

El hombre cuaternario es dificultoso de rastrear.—Noticia de la fauna cuaternaria.—Cotejo de ésta con la actual.—Extinción de unas especies y propagación de otras.

Do hay época menos conocida de los sabios que la cuaternaria, decía Nadaillac, ni estudio tan arduo como el de sus sucesos ¹. La misma queja no se hartaba de dar el esclarecido Gaston de Saporta, doliéndose de la escasez de medios para indagar y cotejar los terrenos ². También nosotros, de nuestra parte, queremos declarar que las vicisitudes que en este período pasaron por el hombre, según que nos las pintan los escritores de paleontología, andan tan llenas de casos hipotéticos, que, en vez de hechos reales, más bien son invenciones ó suposiciones mal fundadas, de cuya obscuridad abusa extrañamente la malevolencia. ¡En cuántos libros modernos la pintura del hombre cuaternario es mera poesía, fábula donosa, en donde, exceptuando los pocos sucesos que nos suministra la Biblia y la escasa porción de descubrimientos arqueológicos, qué hay sino caprichos de interpretaciones libres? Y quede esto aquí notado para que entienda el lector el ningún caso que hacemos de las opiniones modernas tocante á los primeros pasos de la humanidad. Las que en

lo sucesivo adoptemos acerca del hombre cuaternario, en tanto las estimamos cuanto sea el momento de las razones en que se funden. Es mucha verdad que cuanto con más diligencias se revuelven los escondrijos de la tierra, más viva es la luz que echan de sí los fósiles encerrados, sin que por eso dejen de cegarse los ojos de los geólogos cuando tratan de definir los puntos controvertidos. Á los ingenios de Cuvier y de Elias de Beaumont hacíaseles duro de creer que el hombre pudiera haber pasado la vida con los mamíferos fenecidos: nunca se rindieron á partido; hacían siempre rostro con porfiada tenacidad. Pero en el día de hoy parece ya indubitante que, mezclados con huesos de aquellos animales, se encuentran señas claras de vida humana, sin que pueda razonablemente dudarse que el hombre fué contemporáneo de las bestias cuaternarias.

La fauna cuaternaria, cerrado ya el círculo de trastornos anteriores y asentado el orden regular de las cosas, ostentóse engalanada con los delineamientos que la mano del Hacedor quería dar finalmente á su obra. La tierra, ornada de aquellas circunstancias meteorológicas y topográficas que eran más á propósito para proteger la vida y la conservación de las especies perfectas, el levantamiento de las soberbias cordilleras, la libertad de tierras sepultadas antes en las aguas, la demarcación de los continentes, la dila-

¹ Les premiers hommes, t. II, chap. X.

² *Ibid.*

tada extensión de las llanuras, el sosedo vaivén de las ondas, lo profundo de los mares, el temple del aire atmosférico, la diversidad de los climas, la claridad de los cielos, la hermosura de la luz, la fragancia del ambiente, el dulce temperamento del oxígeno y carbónico, la riqueza y abundancia de pastos, en una palabra, las condiciones geológicas, físicas y climatéricas que eran de desear, juntáronse en uno en la era cuaternaria, y reinaban en buena correspondencia para servir á la vida y llenar de bienes á los animales más aventajados.

Si hemos de dar fe á las diligencias del industrioso D'Archiac, los mamíferos menores se descubren en las cavernas, en los llanos y en los valles los mayores y más robustos; pues que, ora las grutas, ora los estratos de transportes fluviales, son depósitos que atesoran los fósiles cuaternarios. Así sabemos á ciencia cierta, siguiendo á este escritor, que todo el antiguo continente, desde Irlanda hasta el estrecho de Behring, era á la sazón habitado por rebaños de mamuts y de rinocerontes ticorinos, y que corrían por el Mediodía de Europa, por el Centro de Asia y por el Norte de África compañías de entrambas suertes con entera libertad. Hacíanse reparar la hiena sanguinaria, el oso grande, el gato montés, el lobo voraz, el indómito jabalí, la astuta zorra, la nutria inquieta, viviendo entre ellos el ferocísimo *macarodo* terciario, y haciendo estas cuadrillas de fieras por Europa y Asia riza y carnicería en las especies herbívoras y mansas. Propagábanse por doquier los bueyes primigenios junto con los de inferior tamaño, el búfalo y el ciervo irlandés poblaban los prados boreales, y el reno, que hoy es polar, alargaba sus correrías hasta la región pirenaica. Camellos, carneros, cabras y demás tropicalan concurrían

en frecuentes manadas, fatigados de la necesidad, á matar la sed en los ríos y lagunas, familiarizándose con los hipopótamos y con los castores de grandeza incomparable. No tenían cuento los roedores, ratas, conejos, liebres, marmotas, erizos, comadrejas y otras alimañas de este jaez; ni son para referidas las bandadas de aves y los infinitos reptiles de aquel tiempo, que, sobre la dificultad de conservarse enteros sus frágiles esqueletos, parecen sombra comparados con los herbívoros de cuernas enarboladas, que reinaban en su apogeo como próceres del reino animal.

Así se criaban y florecían en todas las partes de la tierra los vertebrados mamíferos de toda forma y condición. Generalmente hablando, eran de tamaño mucho mayor que los del mismo linaje que en nuestros días viven. Los más á grandes pasos corrieron á la muerte; fenecida y borrada quedó su memoria; y olvidadas é ignoradas durarían aquellas especies, y aun tendríamos por fabulosa su existencia, si las cuevas y los depósitos no nos mostrasen á montones sus huesos de incomparable grandeza.

De esta fauna borrada por la muerte en los tiempos prehistóricos, ofrécenos la paleontología casos de curiosa consideración. En el norte continental de América se conservaron por mucho tiempo el mamut, el reno, el bisonte y otros ruminantes corníferos; no así el oso de las cavernas, el buey primigenio, el rinoceronte ticorino, el ciervo irlandés; de los cuales se halla después acá en los siglos históricos cierta noticia en la Europa meridional. Bajando más al Mediodía de América viene el mastodonte gigantesco, que en la era terciaria huyó de la faz de la Europa, y fué después el cuadrúpedo que más señalada importancia tuvo en el cuaternario americano. Al revés el caballo, que por lo agudo de sus relin-

chos y lo soberbio de sus crines aterraba las soledades de entrambos mundos, expiró súbitamente en el nuevo, adonde hubo de ser llevado hace pocos siglos por la diligencia del hombre europeo. Empero los que ennoblecen más honrosamente la fauna americana son los desdentados, por su inaudita grandeza, en particular los megateroides, que moraron con los elefantes y mastodontes. Ejemplares clarísimos son el Megaterio, de cuatro metros en largo y tres en alto; el Megalonix, de horrible aspecto; el Milodonte, disforme y desaforado: ¿qué son en su presencia las más descomunales fieras de ambas Américas? Ni se dejan desear tampoco los monos, murciélagos y marsupiales, según que lo han comprobado los últimos descubrimientos. En esta palabra resumió el colmo de su admiración el esclarecido D'Archiac: «La fauna vertebrada del Brasil fué la más rica de todas las del período cuaternario.» Viniendo á la fauna china, las investigaciones del lazarista A. David concluyen, que ofrece muchos rasgos de semejanza con la fauna americana, especialmente cuanto á peces de agua dulce, y á reptiles é insectos. La vegetación da también muchas especies comunes á entrambos continentes, las cuales carecen de representantes en los campos europeos. Con ser notable esta semejanza, la fauna del Celeste Imperio se deja admirar por las muchas especies que le son peculiares, desconocidas en otras regiones: dejándose reparar también la falta de otras sin número que son frecuentes en Europa.

Por lo que hace á las faunas antiguas, hanse desenterrado huesos del elefante primigenio y del rinoceronte ticorino en el Mongol y en la China. Y porque las tradiciones de aquellas gentes remontan á un período anterior á seis siglos (A. C.) la existencia de

colosales paquidermos, hay motivos para conjeturar que estas bestias pertenecían á tipos cuaternarios; tanto más, cuanto que, considerando cómo en todo el vasto Oriente no se hallan piedras erráticas ni señales del suceso glacial, cae uno luego en sospecha, y aun viene á resolver probablemente, que cuando los glaciares ocupaban y tenían asidas con las aperturas de sus hielos las cordilleras y cumbres europeas y americanas, los susodichos mamíferos debieron ausentarse del Occidente con ligereza y esfuerzo, y buscar en los confines del Oriente cielo blando y conveniente sustento, hasta que, llegados los tiempos históricos, su progenie vino á menos y del todo feneció.

Si pasamos con la consideración á las islas de la Australia, se ven campear el dasyuro, el tilacino, el tilacoleo, el fascolomis, el diprotodonte, el nototerio, el magaliano: el diprotodonte tenía la cabeza de un metro, y era deforme y feísimo como el hipopótamo; el tilacoleo era no menor ni menos bravo que el león; el nototerio, reptil carnívoro, de siete metros de largo. No hagamos memoria del dinormis, ave de tres y medio metros de alto, ni de otra de la talla del avestruz, ni de otra de pie comparable al del elefante: estas aves monstruosas se criaban en bandadas, y eran azotes terribles por dondequiera extendían las alas: entre la muchedumbre de huevos suelen citarse los descubiertos en Madagascar, seis veces mayores que los del avestruz actual; ¿cuál, si no sale falso el hallazgo, no sería á proporción la grandeza de las madres que los pusieron?

De estas cualidades han querido colegir los eruditos que los tipos antiguos fueron más variados y de mayor corpulencia que los nuestros; y para celebrar tanta excelencia han pensado que los mayores acabaron la vida,

¹ Geol. et Paléont. 1866, chap. viii.

¹ Revue des cours scientifiques, 1868, p. 307.

quedando con ella los menores y perpetuándola hasta nuestros días. Este sentir siguió el citado D'Archiac. Otros han llevado la contraria. Que entre los fósiles antiguos se escondan formas monstruosas y desafortunadamente grandes, no lo podemos negar; pero, ¿dónde nos ha enseñado la paleontología tronco de árbol de cuatro pies de diámetro como los que hoy poseemos? ¿Hay monstruo fósil que lo parezca comparado con el ballenato viviente? Si corpulentos eran aquellos cuadrúpedos, no lo son menos los nuestros; si los tenemos de tamaño menor, pequeños también los hubo en la antigüedad. «Estoy pronto á confutar la opinión de los que porfían que en la fauna primitiva sobresalían los animales gigantes, y que no había vertebrados del tamaño actual.» Con estas voces desafiaba Meyer á los encarecedores de las vetustas grandezas. «A cuyo dicho hacia eco el Dr. Enrique Reusch, diciendo: «Si en el día de hoy no poseemos muchas de aquellas formas colosales de la época primitiva, otras no menores las han sucedido; los seres organizados en el estado presente no ceden á los anteriores en magnitud. Demás de que los animales de talla mediana y aun menor y también los animalillos microscópicos, rebosan en la fauna fósil.» No nos toca á nosotros decidir este altercado, pues la letra del Génesis deja dilatado campo á la libertad de opinar; mas no es posible dudar de que los mamíferos antiguos se aventajasen notablemente á los hoy en día conocidos, y que aquellas torres de carne pesadas y disformes no tienen en la era presente quien simbolice su voluminosa presencia.

Más digno de consideración es cómo fué cercenada por siempre la vida de unas especies, y pasó adelante la de otras, propagándose hasta hoy. Alguno

¹ Sur les reptiles, p. 3.

² La Bible et la nature, 1867, p. 257.

nos autores que han parado en esta misteriosa baja, han creído que las condiciones terrestres, las alteraciones y violencias de los elementos, hicieron imposible la propagación de las formas gruesas y facilitaron la fecundidad de las pequeñas, sobreviviendo éstas á aquéllas y reinando sobre la aspereza de los contratiempos. «Es muy de considerar, pondera D'Archiac, que si unas formas orgánicas infimas duraron dejando burlada la ley común, y corrieron á lo largo de las edades sin riesgo, si otras continuaron un tiempo y disminuyeron, dejando luego de ser y hundiéndose en la corriente de los siglos; la ley general es que la longevidad de los tipos está en razón inversa del grado de perfección animal... Además, puede notarse que también la duración de las especies y géneros es inversamente proporcional á la masa y á la talla, siendo así que la vida normal de los individuos debería estar en razón directa de la masa.» Mas con todo, son ineficaces los documentos que hoy nos ofrece la fauna cuaternaria para hacer buena la explicación de estas maravillas. De creer es que la paleontología, que es niña é inexperta, enseñará, andando el tiempo, cómo las especies menores parecen y desaparecen al estilo de las mayores, y que la naturaleza organizada sigue un curso de leyes que en la actualidad no columbramos.

ARTÍCULO II.

Cómo se entiende que el hombre fué el postrero de los animales. — Extremos que se han de huir. — Sentencia de los doctores Escolásticos. — Fin del tiempo cuaternario. — Advenimiento del hombre, aparejado por los reinos naturales.

Hasta aquí referido pareciera pie á los modernos prehistóricos para pensar que el hombre no fué el postrero de los animales, como lo pronuncia la Biblia; pues que

¹ Leçons sur la faune quaternaire.

habiendo otros muchos entrado en esta vida en pos de él, ¿cómo se dice que Dios descansó luego de criado el hombre, después del día sexto? Poca ó ninguna mella debe hacernos este escrúpulo de los modernos. «Páreceme, responde el P. Pianciani, que aún dura el día de aquella trabajosa cesación en que el Padre celeste obra conservando las cosas criadas, y en esto cesa y descansa, porque no produce nuevas clases de substancias, al menos en nuestra tierra, ni causa aquellas insignes y extraordinarias alteraciones que eran comunes en los períodos primitivos, cuando se preparaba el camino á la venida de las criaturas que en el día sexto mayormente habían de reinar. Día grande es el séptimo, sin tarde y sin ocaso, como dice san Agustín: Dura aún ese día y durará hasta que Dios quiera, mientras dure en la tierra el orden presente de cosas. No sé, cierto, si no es trascendiendo los límites de las cosas naturales, qué nuevo período debamos ya esperar.» Hasta aquí el docto Pianciani, en cuya opinión nada nuevo crió ni criará el Omnipotente Hacedor después que sumó en el hombre y trasladó las perfecciones y prerrogativas de todos los seres con infinitas ventajas.

Para responder más derechamente el argumento se ha de tener por cosa cierta que los animales que nos rodean proceden de la era cuaternaria. Por que los grandes cuadrúpedos del mioceno acabaron ya, y dejaron su memoria verificada en los armazones de sus huesos desconocidos; pereciendo ellos, entraron en su lugar los paquidermos, carnívoros y demás de los tiempos cuaternarios, muchos de los cuales dejaron también la vida; ni hay noticia de que se reprodujesen y reve-

zasen, ni señal ninguna de su ser en toda la redondez de la tierra, fuera de sus incorruptos huesos. Mas, ¿quién será poderoso para probar que los que sobrevivieron y ahora son conocidos y comunes en nuestras comarcas, no existían ya en otros puntos del globo mucho antes que fuesen vistos en Europa? ¿Cómo, dónde consta que fueron criados seguidamente después del hombre, y que no lo fueron antes juntamente con los extinguidos?

Además, la objeción presupone un fundamento que tal vez viene á ser falso. Dan por hecho los adversarios de la Biblia que los animales, que dicen posteriores al hombre, constituyen especies nuevas. ¿Por qué no han de ser tenidos por degenerados y por hijos que bastardearon en virtud de la influencia de los climas, sin que por eso deban perder el grado de parentesco que su condición específica proclama? Porque muchas razas, no digo de perros y gatos, pero de hombres, hay que de tal suerte se hacen desemejantes por el temple de la tierra, que parecen ser de especie totalmente apartada: ni son tantas las diferencias que observa el paleontólogo entre el elefante plioceno y el cuaternario, que juzgue debe negarles todo prohijamiento, y excluir á éste de la progenie de aquél, especialmente siéndonos desconocida la condición de aquellos órganos y la hechura interior de aquellos tejidos, carnes y miembros. Lo que nunca vió ni presenciara la humana curiosidad, es que una familia, desfigurado el ser, se mude en otra, que un carnívoro se torne rumiante, que un megaterio se vuelva raposo, como quiera que cada tipo fundamental esté firmemente constituido según su diseño; pero en los aledaños y cercanías de un mismo tipo, no puede negarse que caben infinitas variedades, tantas y tan matizadas, cuanto son más sensibles las alteracio-

¹ Confes., l. xiii, cap. xxxvi.

Cosmog., § LXXX.

nes de clima, régimen y celestes influencias.

Aquí se debe muy bien advertir, como en otra parte dijimos, que á dos opuestos principios suele subirse la exageración de los modernos zoólogos: ó disfrazan con especiosos nombres la diversidad de las especies haciendo creer á los incautos que todos los animales son hijos naturales de un organismo primitivo; ó, por el contrario, ponderan tan desmesuradamente las especies, que vienen á confundir con ellas las mismas variedades. Entre humillar las especies hasta el punto de aniquilarlas, y exaltar tanto su número, que no haya lugar á prohibición, el camino medio y seguro es contener á cada individuo dentro del círculo de su propia especie, dejando, empero, paso franco en la generación á infinitos permenores, que pinten en las fisonomías diferentes semblantes, y parezcan, y no sean, hijos de familias extrañas. Supuesto este sencillo cuan notorio fundamento, ¿no será ya permitido empadronar en el catálogo de las familias cuaternarias las especies actuales? La paleontología no está tan sobrada de razón, que pueda justamente darse por afrentada y herida en sus derechos; ni posee de sus fósiles tan puntual conocimiento, que sea violentar su autoridad el reducirla á ese término medio. Más expuesto á peligro es el huir de un extremo y pasar á otro sin parar en el camino trillado. El discreto Hamard, versadísimo en las cosas naturales, no repara en dar por asentado que, sin nota de temeridad, puédense tener los elefantes actuales por hijos legítimos de los elefantes fósiles, como hicimos notar tratando de la fauna terciaria ¹. «Y aun más me atrevo á sostener, añade; muy gustoso admitiría yo que tienen ambos por común tronco al mastodonte, paquidermo mirado por los naturalis-

¹ Cap. xxxviii, art. iv.

tas como género de por sí, y otro tanto diré del hiparion, que M. Gaudry conceptúa por ascendiente del caballo ².

La fauna cuaternaria parécele á los paleontólogos tan diferente de la nuestra, porque no consideran que los animales han padecido sus infortunios en cada generación, no tan sólo de parte de los climas, que se hicieron más crudos, pero también de parte del hombre, que en los reencuentros y escaramuzas tenidas con las bestias exterminó muchas de ellas. «Lo que espanta, dice el mencionado Hamard, no es el desaparecimiento de las muchas especies, sino cómo quedan en pie tantas otras ³». Este modo de soltar el nudo propuesto trae consigo la necesidad de ceñir mucho el número y orden de las especies; de manera que pesa una importante tarea sobre aquellos clasificadores que han encumbrado su noticiosa erudición hasta el punto de despeñarse á sí propios, de esperar á los lectores, y de introducir increíble confusión en las ciencias naturales. Si, pues, las especies pliocenas y cuaternarias no se extinguieron de raíz, y faltaron sólo en parte, bien podemos concluir que Dios cesó de criar especies nuevas después que sacó al hombre al teatro de este mundo.

Si todavía queda alguno descontento y escrupuliza esta solución pareciéndole que tiene resabios de darwinismo, consulte á los doctores eclesiásticos, y le llenarán las medidas. El Eximio, que lleva la voz entre todos, habiendo enseñado que Dios crió los seres por grados, yendo de los imperfectos á los perfectos, hasta el hombre, y produciendo en cada orden los individuos por junto sin sucesión de generaciones; descendiendo después á tratar si fueron producidos en los seis días los animales imperfectos, que, como di-

¹ La Controverse, 1881, p. 34.

² La Controverse, 1887, p. 542.

jimos arriba ¹, se tenían por hijos de generación espontánea, abraza la negativa, y acomoda igual respuesta á otras suertes de cuadrúpedos, leopardo, mulo, lince y otros tales. La razón principal que le mueve á Suárez á rendirse como á más probable á esta sentencia, es porque las dichas especies se contenían bastante en potencia en los individuos de aquellas especies de cuya junta tienen nacimiento, y á esta causa no fué menester que el autor de la naturaleza produjese aparte seres que por causas segundas podían convenientemente engendrarse.

Esta doctrina corría sin escrúpulo en las escuelas de aquellos varones foguados en el arte de las escaramuzas científicas; y de ella resulta que, aun disimulando que después de hecho el hombre vinieron á luz especies nuevas, siempre será gran verdad la palabra de las Escrituras, que primero crió Dios los animales que los hombres. Los mamíferos en común datan del tiempo eoceno; en todo el discurso de aquella edad terciaria esparció rayos de vida la magnífica turba del reino animal; en el día sexto se hizo glorioso lugar entre la fauna común la noble y generosa de los mamíferos, con variedad de especies. Pues á la manera que en el día tercero se criaron los vegetales, y no todos nacieron en aquellos yerros primarios, y como en ese tiempo levantaron cabeza saliendo á flor de agua los grandes continentes, y notodos, pues que muchos son de tierna edad, y así como en la era secundaria las aves y peces respiraron nueva vida, aunque no todos, comoquiera que en la época siguiente viéronse nacer especies firmantes que pertenecían á edades pasadas; de esa misma manera no deroga á la sacrosanta verdad del Hexámeron, el que después del sexto día empezasen á ser

algunas especies desconocidas, aun de carnívoros y herbívoros como los alegados por los Escolásticos, puesto caso que Dios trazó el orden de los mamíferos en general, é instituyó y perfeccionó el reino, antes de poner las manos en la institución del hombre. De suerte que, si el aislamiento de aquellas formas se llevó á cabo por grados, faltando unas más presto que otras, y aun despidiéndose no pocas en edad reciente y á presencia nuestra, no sería de maravillar que parte de las modernas nacieran después del hombre, ya que todas se resumían por mayor en el establecimiento del reino animal.

Mayor maravilla es y que más suspensa deja el ánimo cómo el hombre sobrevivió en medio de los infortunios que escaramuzaban con su existencia, á vueltas de los cuales fueran arrebatadas de la muerte tantas generaciones de mamíferos. Si los huesos humanos encarcelados en cuevas junto con los esqueletos de las bestias cuaternarias no nos dieran claro testimonio de esta verdad, ningún antropólogo se levantaría á salir á su defensa.

Al cerrarse el tiempo cuaternario, cesando las alteraciones geológicas de más consideración, entró el orbe en una era de gran paz y quietud. ¿Quién será suficiente á historiar la vida humana en el discurso del cuaternario antes de pacificarse la tierra? Juntemos, para de algún modo bosquejarla, primeramente los dichos de la antigüedad acerca de la primera venida del hombre. Cuán adornada disposición tuviese el universo, y en qué expectación estuvieran las cosas antes de nacer su natural señor, lo cantó en estos versos Ovidio.

«Cessant nitidæ habitanda; fricibus usæ;

Terra feras cepit, volucres ag labilla aer.

Sancitus his animal mensisque capacius alto

Deerat aduic, et quod dominari in cætera possit.

Natus homo est.»

(METAM., v. 75.)

¹ Cap. xxxv.

² De op. sex dier., l. ii, cap. x.

Realizó la pintura Filón con esta bellísima semejanza, encariendo la salva que hizo la naturaleza al advenimiento de su rey. Así como los maestresalas no llaman al convite los comensales sin primero aderezar las cosas necesarias para el festín, y como los gimnastas y actores antes de convidar al teatro y á la palestra preparan de antemano copia de personajes, de mutaciones, de juegos y lances: así ni más ni menos el Príncipe de este mundo, como quien quería dar un certamen y sarao, antes de convidar al hombre al banquete y al espectáculo, aperció todo cuanto convenía para ambos efectos, de suerte que en entrando en el mundo tuviese luego á punto banquete y teatro sacrosanto ¹. Con semejante pintura recuenta san Gregorio Niseno los preparativos de la entrada de la humanidad. «No era bien, dice, que primero existiese el emperador que aquellos á quienes debía mandar: constituido y fundado el imperio, entonces era sazón de nombrarse el rey que le gobernara. Por esta causa el Criador del mundo labró un sitio regio al que había de dar el mando: el sitio era la tierra, y las islas, y el mar, y el mismo cielo, que amparase y cobijase todas estas cosas. En la fábrica de estos palacios fueron empleadas riquezas de gran valor; por riquezas entiendo plantas, gérmenes y todo cuanto goza de sentido, vida y espíritu ²».

De igual forma y con no menor elegancia celebra san Crisóstomo la vida del hombre en medio del concierto de todas las criaturas, debajo de la imagen de un monarca que antes de entrar victorioso en una ciudad cortado de sus tropas envía delante apesentadores que le dispongan palacios, arcos de triunfo, festejos y regocijos. «De la manera que cuando ha de en-

¹ De mundi opif.

² De hominis opif., cap. 11.

trar un rey en una ciudad van primero algunos soldados y ministros que alhajan las casas reales y adornen el palacio, para que, estando bien compuesto todo, viva allí el rey con más lustre y decoro; de la misma suerte, habiendo de constituir Dios al hombre por rey de todas las cosas terrenas, primero fabricó todo el ornato de este mundo, y últimamente le formó á él, á quien había de levantar por señor de toda la tierra ³. Y por no alargar el discurso, san Fulgencio ⁴, Severiano ⁵, san Gregorio Nacianceno ⁶, san Zacarías de Mitilene ⁷, Sinesio ⁸, simbolizaron el mismo concepto con elegantes figuras. Todos los escritores antiguos, sagrados y profanos, dan testimonio clarísimo de esta verdad; á saber: el hombre tomó posesión del teatro de este mundo constituidos ya los reinos vegetal y animal, como si entrambos caminasen á servir á otro orden superior, á la excelencia del reino humano.

Este ilustre testimonio de la antigüedad se confirma admirablemente por el dictamen de la ciencia, declarando que después de participar de la vida vegetales y animales, le tocó al hombre la vez. El juicio del Padre Pianciani, que en estas materias pesa mucho delante de todos los sabios, es como sigue: «Que el hombre no fué hecho antes que la tierra y la mar se poblasen de árboles y animales, perfectamente lo comprueba la distribución y sucesión de fósiles que en su gremio la naturaleza atesora; y todos los geólogos de nuestro siglo, sea cual fuere su sentimiento religioso, fácilmente concuerdan en esto con Moisés. Porque en los antiguos estratos fosilíferos, entre tantos despojos de en-

³ Hom. III in Genes.

⁴ Serm. clxxx De Temp.

⁵ Hom. iv.

⁶ Oratio xlii.

⁷ De hom. opif.

⁸ De rag.

tramos reinos naturales, ni rastro ni señal han encontrado de hombre ó de humana industria. Por lo cual, lo que en la explicación de los días vulgares es dificultad contra la narración mosaica y de no fácil solución, es solidísima confirmación de esta nuestra sentencia ¹. Al pie de estas graves palabras podíamos trasladar las firmas de infinitos escritores; pero no siendo menester, traigamos siquiera el testimonio de Van Beneden, que tan alto ha puesto su nombre en la república de las ciencias naturales. «Si tengo de decir lo que siento, exclamaba, no me es posible negar que la tierra fué dispuesta y ordenada para recibir sucesivamente las plantas, los animales y los hombres. Desde las primeras obras que Dios ejecutó en la materia, tenía presente ante sus ojos aquel ser que un día debía levantar su espíritu y rendir homenaje á la majestad de su Criador. Esta es la respuesta que doy á la controversia propuesta poco ha por Agassiz, sobre si la tierra fué hecha y aparejada para los seres vivientes, ó si éstos se desarrollaron de por sí, según la medida de sus fuerzas y conforme á las vicisitudes físicas de nuestro planeta; cuestión debatida hace tiempo, y que la ciencia, que sólo mide sus pasos al compás del escarpelo, nunca jamás logrará resolverla ²».

ARTÍCULO III.

El acontecimiento de los glaciares.—Varias exposiciones de este suceso.—Dificultades que entraña esta contienda.—La sentencia más probable.—El diluvio mosaico no es el diluvium geológico.

ARDUA empresa para los geólogos es narrar lo ocurrido en los tiempos cuaternarios, en que vió la primera luz el hombre monarca de la tierra. Esta es la voz co-

¹ De Cosmog., § LXXIII.

² Revue scientifique, 1874, p. 745.

mún de todos sin discrepancia, á saber, que cuanto son más vecinas á nuestra era las cosas, más inexplicables parecen y más colmadas de misterios. En la época cuaternaria, la sazón del tiempo se inclinó á ser algo más fría que la del tiempo plioceno, y algo más cálida que los nuestros. La flora y la fauna de que hoy gozamos estaban enteramente entabladas y repartidas por el globo. La cadena de los Alpes, la cordillera de los Pirineos, los montes Apeninos, y la forma orográfica de toda la Europa habían ya tomado asiento definitivo: en fin, el período antropozoico estaba á punto de rayar.

En este intervalo acaecieron grandes trastornos y perturbaciones climáticas, no en ésta ó en aquella región, más en casi toda la redondez de la tierra. Violentos aguaceros y frecuentes avenidas sorbían los campos y cubrían el suelo de cieno y basura; los aluviones, derribándose furiosos en las hondonadas, abrían valles profundos, y arrastraban tras sí los materiales detenidos en las pendientes. Las lluvias ventan á convertirse en neveras en los polos y en los más altos riscos; y como era extraordinaria la copia y el frío muy intenso, las nieves cubrían con su blancura las cimas de las montañas. Al derretirse los hielos, formábanse corrientes impetuosas que llevaban en pos de sí piedras enormes, y hacíanlas correr sin estorbo ni embarazo, socavando más profundo lecho, por collados, ríos y valles á más de doscientas leguas de su natural asiento. De este grandioso suceso dantestimonio todas las regiones de la Europa central, y de las Américas, y le publican claramente todos los montes y cordilleras de alguna consideración; en tal forma, que este período abrazó gran parte de

¹ HERBERT: Leçons, 1865; CONTEJEAN: Étim. de Géol., 1876.

la tierra á un mismo tiempo, causando iguales desastres. Al cabo de este período glacial la superficie terrestre descansó y recibió su última demarcación.

De tan raros acaecimientos, testificados por todos los geólogos sin disputa, cuál haya sido la causa, no es fácil asegurarlo. Entre dos períodos de suave temperie, el postplioceno y el reciente, ¿de dónde pudo nacer la intensidad del frío y una catástrofe tan espantosa? No faltan escritores, como Lenormant, que introducen dos períodos glaciales, el uno terciario, el otro cuaternario. «El mioceno, dice, presencié inmensurables nevascas que cubrieron toda la Escandinavia, la Escocia y el centro de Francia con una capa uniforme de hielo...; acabó con una riquísima vegetación que dió al través con gran parte de la fauna europea, mastodontes, carnívoros y rumiantes; y si hombres vivieran, habríanlos también echado á pique, si ya no hubiesen emigrado á otros países.» Al juicio de Lenormant añádesse el de otros ilustres geólogos que creyeron comunes y antiguos como el mundo tales acontecimientos. Alejandro Vezian contaba dos períodos glaciales en la época terciaria, y aun tres, no dudando que la era paleozoica tuvo también los suyos, según que de las observaciones de Elías de Beaumont quería colegir¹.

En verdad, cotejando temple con temple, ya que el de nuestros climas no consienta períodos glaciales; pero estando los antiguos sujetos á tantas mudanzas y alternativas de frío recíproco y de excesivo calor, podían, ¿quién lo duda?, causarse hielos y deshielos por grandísimas llanuras. Porque la temperatura terrestre, si bien fué bajando desde un principio, según la medida del enfriamiento general y

¹ Hist. ancienne de l'Orient, t. 1, chap. III.

² Revue scientifique, 1876, p. 174.

progresivo, nunca siguió en su decrecimiento un paso regular; y tendría sus retrocesos y reacciones contrarias; y de aquí se engendrarían diluvios espantables, ventisqueros frecuentes, grandes terremotos y otras osadías de los elementos, que huyen nuestro ordinario concepto. El calor interno del globo, aun siendo poco sensible en la superficie; el calor que el sol arroja, que bastaría para deshacer una capa de hielo de 31 metros de espesor que cubriese toda la tierra; el calor que le envían los cuerpos luminosos de la bóveda celeste, que no tiene poca fuerza: estas tres fraguas de calor en tales circunstancias podía ser que obrasen, que su influjo fuera nulo, y aun quedara contrarrestado por el frío incomportable de los espacios por donde de continuo pasa navegando la tierra: así que ha de ser muy costosa la explicación de los hielos amontonados en el período glacial, aun dado que tuviera parte en su formación el enfriamiento cósmico.

El ilustre M. Lecoq, que sólo reconocía la época glacial cuaternaria, le daba por causa un exceso de calor, que debió de ocasionar evaporación considerable que tuviese cuajada el agua por largo tiempo¹. Tyndall refirió los glaciares á la disminución del calor que el sol enviaba á la tierra. Lyell creyó descubrir su causa en la configuración del suelo y en el repartimiento de las tierras que surgieron del agua. Otros dijeron que pasando por junto á la tierra un enjambre de asteróides, le robaron al sol la luz por algún tiempo, provocando así un total enfriamiento. Otros pensaron que el eje de la tierra se había torcido lentamente, hasta que sus polos coincidieran con las diversas partes del esferoide, quedando éste helado y yerto. Vezian acarició la hipótesis de la

¹ Des glaciers et des climats, 1847.

traslación de la tierra por espacios de varia temperatura, unos más fríos que otros; y bastó que nuestro globo entrase en un espacio más frío que el que antes ocupaba, para que sobreviniesen los accidentes de los glaciares y sus terribles efectos¹. No falta quien haya reducido este suceso á variaciones de excentricidad en la eclíptica, ó á la alteración en la oblicuidad del globo teniéndole sobre el plano de la órbita. Á Lapparent le pareció que la humedad engendrada por los aguaceros y la elevación de los montes, son causas poderosas para declarar el caso del período glacial cuaternario, que en su opinión tuvo vicisitudes y fases varias². Ni es para callada entre las raras la opinión³ que establece una relación formal entre el hielo de este período y el paraíso perdido: poca fortuna promete esta sentencia, por acomodar á exorbitantes efectos causa desproporcionada: es como aquella del devoto escritor Mons. Carlos Gay, que conjeturó que los animales fueron sujetos á muerte sólo á consecuencia del pecado de Adán, de quien eran solidarios⁴. El sabio Lartet admitió un solo glaciario mucho después de dar principio la era cuaternaria: primeramente, alteración general de climas; después, suave y acompasada preparación de estaciones; una de las conjeturas que da es que el hombre vino al mundo en la aurora del período cuaternario, como los paleontólogos confiesan: fuera caso muy recio que hubiera visto la luz en medio de los fríos del glaciario, y en época en que había de cundir tanto estrago y destrucción en el reino mamífero. Comenzar el hombre la vida con tanta mortandad, parecióle á Lartet cosa increíble. Lo mismo sentía Gaston de

Saporta, afirmando que no tanto el tiempo glacial le sonaba á sus oídos riguroso frío, cuanto humedad permanente.

Por grande que sea el precio de estas sentencias, ninguna de ellas basta para satisfacer la duración, términos y aislamiento de este incomparable suceso. Los valles del Cáucaso, de los Pirineos, de los Apeninos, de los Carpatos, de las grandes cordilleras, eran mares vastísimos de hielo: al deshelarse, peñascos incomparables eran desencajados y transportados por las corrientes á larguísima distancia; miles de kilogramos pesan los que aún se ven en altas cimas, puestos allí por la fuerza de las aguas. Si tanta desolación hubo de presenciar el hombre cuaternario, si á vueltas de ella tuvo que luchar, si á ella sobrevivió, si miró florecientes y risueñas después campañas devastadas por el aciago glaciario; no es maravilla que donde perdieron la vida tantas especies vegetales y animales, feneciesen también muchas familias de hombres víctimas del hambre y contratiempo, y aun milagro fué que no acabase del todo el humano linaje.

Por esta causa, vista la dificultad de las opiniones precedentes, parece digna de estima, y á los astrónomos les agrada más, la teoría de la precesión de los equinoccios. La línea de los equinoccios se mueve de continuo en el plano de la órbita terrestre con tanta lentitud, que á razón de un grado cada sesenta años cumple su revolución en el espacio de 209 siglos. En el curso de su camino llega á un punto en que el afelio coincide con el solsticio de verano, y el perihelio por su parte con el solsticio de invierno, y como estando la tierra en su afelio sean más largos los días, por virtud de la ley de las áreas que en tiempos iguales se describen iguales por el radio vector; y pues, á causa de caer entonces los rayos más perpendiculares, recibe la tierra más

¹ Revue scientifique, 1876, p. 543.

² Traité de Géol., 1873, p. 1168.

³ JAMES ALMERA: Geol. y Paleont., 1878, cap. XXX.

⁴ De la vie et des vertus chrétiennes, t. II: De la douleur éternelle, I.

calor que no pierde por su mayor alejamiento del sol; y de la misma suerte en su perihelio ó aproximación se queda más fría por ser los días más cortos y los rayos del sol más oblicuos: de aquí se sigue que cada diez mil años la tierra pasa por un punto extremado de calor y de frío, y entonces el verano y el invierno son iguales en número de días. Pues seiscientos treinta y siete años ha el afelio vino á parar en el solsticio de verano, y eran los estíos de larga duración: por igual motivo diez mil años antes, conviene á saber, hace obra de once mil años, el afelio coincidía con el solsticio de invierno, y fueron á la sazón los inviernos largos y fríos cuanto cabía, dada la situación del globo. Mas los efectos de tan suma frialdad no pudieron dejarse sentir hasta pasados algunos años de evaporación estival: de esta suerte, á paso lento, sobrevino aquella época de nevascas y de hielos inauditos que cercenó la vida de tantos paquidermos y obligó á otros animales á guarecerse en apartadas comarcas. Esta es la teoría de M. Croll, aplaudida por muchos modernos.

Graves son, cierto, y de autoridad los que á ella se inclinan. En ella se contiene que sobre el año de 7000 antes de nuestra era, reinó el mayor extremo de frío; porque, habiendo comenzado á arreciar más de diez mil años ha, iría bajando acompasadamente la temperatura anual durante una gran parte de este largo período, hasta que, llegando el frío á su máximo (en 7000 A. C.), alzaríase otra vez la temperatura anual con proporcionada lentitud durante más de mil años, y tornaría á dominar el templado calor de antes. Así expuesta la opinión, satisface á muchos eruditos; porque da salida á no pequeñas dificultades, no siendo la menor la existencia del hombre. «Dígame lo que se quiera, todo prueba que el hombre no presenció la época

glacial: y fuera dura cosa que nuestra especie, acostumbrada ya á los calores de los países asiáticos, se hubiese de aclimatar á condiciones tan contrarias.» Así habla el sabio Hamard.

Las pruebas en que funda su parecer se reducen á que no se descubre en ningún terreno glacial huella de hombre, como ya lo tenían advertido los geólogos Huson y Arcelin. Juzga, pues, el antedicho escritor que si moró el hombre largo tiempo en Asia, no se pasaría á Europa hasta fines de la época cuaternaria ó en la llamada más propiamente moderna. El ciclo astronómico causado por la mudanza del perihelio terrestre duró diez mil quinientos años, y terminaría unos siglos antes de Cristo; pues sabemos que por ese tiempo eran crudos los climas, y ahora son benignos: por manera que el hombre fué cuaternario, no por haber existido en todo el discurso de la época cuaternaria, sino sólo en el remate de ella. «Si fuera menester definir más por menudo, concluye el alegado autor, y señalar fecha á la venida del hombre á nuestros países, abrazaríamos con gran gusto el guarismo de 3000 años (A. C.). Por lo menos, no vemos qué objeciones puedan hacerse á este cómputo. Por una parte el clima había mitigado su dureza, pues que desde el año 4000 iba haciéndose más benigno; por otra, era el momento de los deshielos, y las aguas corriendo á riadas depositaban acá y allá cargas de aluvión, la humedad alimentaba abundancia de vegetales, á cuyas expensas florecía copiosa fauna, que aliviaba las necesidades más perentorias de los cazadores cuaternarios.»

Finalmente, mientras se escribían estas últimas palabras, Alberto Cetta publicaba en Italia su obra *Il Diluvio*,

1 La Controverse, 1886, p. 357.

2 Ibid., p. 359.—ARCELIN: *Revue des questions scientifiques*, Avril, 1891, p. 378.

con ánimo de presentar á la meditación de los doctos una nueva causa de este suceso. Para Cetta no hay más período glacial que el diluvio de Noé. El glaciario no fué anterior á la aparición del hombre sobre la tierra, ni se efectuó en el dilatado trecho que algunos han creído; en fin, el glaciario de los geólogos y el diluvio de Moisés son, no dos, sino un solo suceso. La causa del glaciario, ó sea del diluvio mosaico, estuvo en una oscilación de la corteza terrestre, que hizo que una inmensidad de tierra tropical quedase sorbida por las aguas; con el sumergirse creció la evaporación y menguó el calor: de ahí lluvias en las regiones meridionales, y nieves en las boreales; pero no hubo bien salido de las ondas la superficie sumida, mermó la humedad y se acrecentó el calor; las nieves se derritieron, y corrieron las avenidas de agua descargando por doquier detritus y lechos de aluvión.

Demás de la dificultad de probar que el glaciario no procedió á la existencia del hombre, y que fué obra de breve tiempo, en cuyo examen gasta el autor unos veinte capítulos, otros muchos y no pequeños inconvenientes se le pueden oponer al escritor Cetta, que hacen su opinión menos probable de lo que á primera vista parece. Es cierto que, si para algunos geólogos el glaciario duró 160 y aun 2000 siglos, y acaeció 225 siglos antes de la era vulgar, duración increíble por lo desao

rada, como lo muestra Lapparent en su *Tratado de geología*, no es menos evidente que el señalar trecho cortísimo, como el que duró el diluvio de Moisés, á un suceso extraordinario y natural, es caminar por veredas extremas, y adelgazar tanto las cosas, que quiebran y queden sin valor ni estima.

Es gran verdad que á la fusión de las nieves siguióse naturalmente el diluvium, ó sea una rara y desigual frecuencia de inundaciones y depósitos de acarreo. Mas no hemos de confundir este efecto, como suelen muchos apologistas, con el diluvio de la Biblia. La razón principal es que, al retirarse las aguas de todas las cumbres, habrían dejado tras sí, en laderas, llanuras y valles, légamo y arenillas de una misma edad. Lo contrario es lo que se observa en llanos y flancos antiguos: unos contienen légamo de una edad, otros de otra, y muchos de época anterior, sin duda, al diluvio de Moisés. Estos fenómenos se explican bien por avenidas y corrientes de aguas, que cubrían de limo los parajes por donde pasaban; y pues no pasaron todas por todos los que invadió el diluvio bíblico, no á todos alcanzaron los mismos aluviones. Es verdad que la falta de argumentos geológicos embaraza el discurso; pero cuando el diluvium se explica perfectamente por causas naturales, ¿á qué acudir al diluvio de Moisés, que fué obra tan milagrosa?